

# LA CIUDAD GLOSADA

The commentated city

JUAN MANUEL ZURITA SOTO\*



Figura 1. Fuente: Andrea Fernández

Las ciudades se analizan de muchas maneras. Actualmente volvió a la tabla el caminar como método (Pierce y Lawhon, 2015) y el análisis de la caminabilidad (Lo, 2009). El presente texto, reseña de Glosa de Juan Jose Saer, adiciona una forma más de análisis, el escribir sobre el acto de caminar por la ciudad. Saer es sin duda uno de los escritores argentinos más importantes del siglo XX y sitúa su obra y sus personajes en una capital de provincia más allá del arquetípico flâneur.

Dentro de los elementos indispensables para la existencia del flâneur, prototípico personaje romántico, se encuentran inequívocamente: "la ciudad, la multitud y el capitalismo" (Gros, 2014, p. 185). Es decir, hablamos de un sujeto inmerso en la modernidad, tal cual el filósofo y crítico literario Walter Benjamín (1892-1940) lo describió para la obra de

Edgar Allan Poe y, más aún, el poeta Charles Baudelaire. "No es arte regionalista, sino más bien la mirada del alegórico que se encuentra con la ciudad, la mirada del alienado" (Benjamin, 2012, p. 56).

La caminata de veintiuna cuadras de Ángel Leto, a la que luego se sumará el Matemático y, en un tramo más corto, Carlos Tomatis, por las veredas de la ciudad argentina de Santa Fe son el conducto por donde transita el relato de Glosa, publicada por primera vez en 1986 y una de las novelas más importantes en la obra de Juan José Saer (1937-2015). Aquel paseo que, en solitario, pudo haber convertido a Ángel Leto en un flâneur, tal cual Baudelaire por las calles de París, encuentra en Glosa, un nuevo perfil. Esta vez no se trata de un solitario que se pierde en la multitud de su propia

ciudad, sino de un recién llegado, no hace mucho tiempo que se ha mudado desde Rosario que, en diálogo con el Matemático, intentarán trazar la historia de una fiesta a la cual ninguno de los dos asistió:

“Leto -Ángel Leto, ¿no?-, Leto, decía, ha bajado, hace unos segundos, del colectivo, en la esquina del bulevar, muchas cuadras antes de donde lo hace por lo general, movido por unas repentinas ganas de caminar, de atravesar a pie San Martín, la calle principal, y de dejarse envolver por la mañana soleada en lugar de encerrarse en el entepiso sombrío de uno de esos negocios a los que, desde hace algunos meses, les viene llevando, con paciencia pero sin entusiasmo, los libros de contabilidad” (Saer, 1986/2015, p. 11).

La elección del autor de hacerlos desplazarse por la ciudad no es azarosa, como tampoco que los tres capítulos en que se divide la novela correspondan, cada uno, a la caminata por siete cuadras, como si el ritmo de la marcha nos diera también el de lectura. La ciudad, específicamente la vereda y, más aún, las bocacalles con sus cruces peatonales otorgan los momentos de mayor tensión a una novela que nos hace revisar nuestro propio andar.

En la obra, es sobre el asfalto, a la sombra de las galerías y de los edificios donde se desarrolla aquel diálogo-caminata. Aquí, la intimidad de otros escenarios en la obra del autor se traslada a la calle, a una zona que, por definición es pública. Los personajes, esta vez transeúntes callejeros, no pueden controlar ni predecir el escenario en cuestión y, he ahí, la desnudez en que sus personalidades quedan expuestas al lector: “El usuario del espacio urbano es casi siempre transeúnte, alguien que no está allí sino de paso” (Delgado, 1996, p. 35).

## SANTA FE

El escenario de la obra es Santa Fe, capital de la provincia homónima, una ciudad, que para “octubre o noviembre, del sesenta o del sesenta y uno, octubre tal vez, el catorce o el dieciséis, o el veintidós o el veintitrés tal vez, el veintitrés de octubre de mil novecientos sesenta y uno pongamos – qué más da” (Saer, 1986/2015, p. 11), apenas superaba los doscientos sesenta mil habitantes. Es el centro urbano, la capital provincial, aunque no la ciudad más poblada -lo es Rosario- de una región que el escritor supo manejar, pero sin vestirla de la imagen postal. No hay romanticismo ni una descripción alegórica de la calle, pero, no por ello, se hace menos relevante.

El autor ya lo había señalado, “Yo escribiría la historia de una ciudad. No de un país ni de una provincia: de una región a lo sumo” (Saer, 2017, p. 589) y, si bien Glosa no es propiamente la historia de una ciudad, ni siquiera se aventura a dar muchos detalles de ésta, sí es el escenario que la novela necesita para dar rienda suelta a un diálogo que no pudo haberse dado en ningún otro lugar que no fuera el ajetreo de una ciudad en pleno funcionamiento.

En Glosa, Santa Fe no se constituye como un personaje en sí. El devenir de ese paseo en una ciudad de provincia no se detiene en la enumeración de lugares. Lo importante es el transcurrir. Los hitos relevantes no tienen que ver con la arquitectura de los edificios, no hay una mirada contemplativa del paisaje, no se trata de extranjeros conociendo la ciudad, no hay turismo, ni siquiera flâneurs pateando las veredas. Es la ciudad como medio. El viaje que se realiza en ella, casi siempre, desde un punto a otro con apuro -si es que el tiempo apremia- o, también, con

deliberada lentitud. La ciudad es el espacio de la multiplicidad de roles, de un tiempo que se organiza mediante escalas y de una geografía que nace de la intervención.

Para quien camina la ciudad, como lo hacen Ángel Leto y el Matemático, absortos en su propio diálogo y, aún más, en lo que uno imagina que piensa el otro, la geografía urbana es el canal, el medio, donde la discusión se desliza. Para quien camina la propia ciudad el eje de la mirada es otro. Se conoce la ruta, los obstáculos y los contratiempos monopolizan el foco de atención. Las salidas de autos, los cruces de calle, el socavón en una vereda.

Por lo general uno acostumbra a recorrer las calles de manera totalmente práctica, para ir a la panadería, dirigirse al metro, hacer la compra o visitar a un amigo. Las calles no son entonces sino pasillos. Se camina con la cabeza gacha, se hacen escasos reconocimientos útiles. No se mira nada, se ubica, se ve solo lo necesario: la cruz de la farmacia que me indica que tengo que girar a la derecha, la gran puerta marrón que me recuerda que la panadería está en esa esquina. La calle se convierte así en una trama de señales débiles que parpadean, pero su espectáculo se ha apagado para mí (Gros, 2014, p. 176-177).

Aquello, que puede resultar tan común, se convierte en un desafío a la hora de elegir un escenario para una obra narrativa. Cabe entonces la pregunta –y ésta se puede traspapelar a cualquier otra ciudad o pueblo de dimensiones similares–, ¿Es Santa Fe una ciudad literaria? La respuesta lleva a pensar en algunas de las urbes literalizadas; la Barcelona de Manuel Vázquez Montalván; New York recorrida por Paul Auster, y, sin alejarse tanto de la pluma del escritor serodinese, los

arrabales del Buenos Aires borgeano. Ciudades escritas y descritas una y otra vez y que podemos engrosar con una lista que, por lo general, prefiere pasearse por las capitales. Cada una de ellas, ya sea por un pasado tan trágico como glorioso, poseen tanto una arquitectura como una mitología que las ha devenido en destino turístico. No es difícil imaginárselas como escenario, mucho ha contribuido también a ello, desde el pasado siglo, el cine.

Pero ¿qué pasa cuando el sitio que toca en ciernes no tiene aquella carga que tanto viste a un paisaje? ¿Qué sucede cuando la arquitectura, o el paisaje natural, no le otorga aquella particularidad? ¿Cabe contar allí una historia? Roma, Viena, Florencia, Aviñón y Londres son ciudades donde el flâneur, personaje por excelencia de la literatura romántica, se desliza. No es el caso de Glosa, pero de igual manera sus personajes se enfrentan al ritmo obstaculizado de la urbe. El andar no es llano, el paseante está imposibilitado de realizarlo a la velocidad normal de un caminante, ya que su demora en el viaje no lo da la distancia, sino los distintos elementos que se le cruzan: otros peatones, coches, el trabajo mismo de la ciudad.

La caminata de Ángel Leto y el Matemático por veintiuna cuadras de una calle en Santa Fe son el deslizamiento por un camino en donde no se vislumbra ni aparecen los hitos que pudieran conducir al lector a un imaginario idílico. Las calles de una ciudad sin épica son la pasarela donde los roles, y la ubicación social de los protagonistas, se plantea desde la propia perspectiva de lo que es caminar. La ciudad, entonces, es el mejor escenario donde puede transcurrir aquel diálogo. Las interrupciones propias del ritmo de una urbe en un día de semana, a una de las horas de mayor movimiento, condiciona y desnuda la psicología y el rol que cada uno adquiere en un preciso momento.

Es el caso de el Matemático, personaje que física y socialmente se nos describe como un "notable" de la ciudad. Es él quien, desde su carácter privilegiado, toma la conducción de una caminata donde, un advenedizo Ángel Leto, sabe seguir el ritmo:

Aquí, afectuoso, casi paternal, el Matemático agarra a Leto por el brazo izquierdo, para protegerlo contra la agresión eventual de alguno de los autos que vienen por la transversal, rodando, amenazadores, desde la cuadra anterior, donde han acelerado después de atravesar la bocacalle, según el sistema habitual de conducción automovilística en las ciudades ajedrezadas: aminoración y frenos antes de llegar a la esquina, acelerador una vez pasada la bocacalle, disminución de velocidad a partir de la media cuadra, y así sucesivamente, lo cual, teniendo en cuenta que la longitud de las cuadras es más o menos constante, le da al sistema, a pesar de su esencia contradictoria, un carácter bastante regular (Saer, 1986/2015, p. 75).

No son sucesos excepcionales los que van marcando el ritmo de la caminata y, tras ello, de la propia conversación. Aquí se trata de fenómenos que, de tan comunes, se nos hacen casi invisibles para cuando se transita por cualquier centro de una ciudad. He ahí que la urbe, tal cual señalara Benjamin, se entromete en "la mirada del alienado", en este caso, en el paseo de dos amigos por las calles de una capital de provincia. La ciudad, entonces, seconsolida como el único escenario donde pudo haber ocurrido aquello. Los elementos que aparecen señalados, los vehículos, la bocacalle, los ejes de dirección, el diseño de la cuadrícula- hacen situar al lector en el propio ritmo de una ciudad. Ya no importa si se trata de Santa Fe, ese paseo de veintiuna cuadras es transportable a cualquier otro lugar del mundo, de ahí que el escenario elegido por Saer se puede definir más como "una ciudad" que como "la ciudad". Una sinécdoque tal cual su propia escritura.

Por encima de la cabeza de Leto, el Matemático, en un segundo, analiza los datos que recoge de un vistazo escrutando hacia el Oeste la transversal: los autos parecen bien adaptados al sistema freno-acelerador antes y después de la bocacalle, y los tres que están llegando al cruce con San Martín, uno detrás de otro, a juzgar por la distancia invariable que los separa, no obstante, la velocidad decreciente del primero, pareciera que, manteniendo la tendencia de aminoración, van a detenerse para dejar pasar los autos que llegan perpendiculares por San Martín y los peatones que cruzan la bocacalle, de modo que el Matemático, decidido, arrastra a Leto por el brazo, haciéndolo trastabillar cuando bajan del cordón a la calle y obligándolo a aumentar la extensión y la velocidad de sus pasos mientras cruzan, y puede decirse que el Matemático, que no ha dejado un solo instante de vigilar alternadamente los autos que vienen por la transversal, los que podrían doblar, bruscos, desde San Martín y el cordón de la vereda hacia la que se están dirigiendo, recién se siente liberado de su responsabilidad cuando trasponen el cordón, ya que no suelta el brazo de Leto ni continúa su relato hasta que no verifica que ya pueden encaminarse sin peligro por la vereda (Saer, 1986/2015, p. 75).

El Matemático es parte de Santa Fe. Su desenvolvimiento es suficiente. La historia de su familia se funde con la de la ciudad y, ello, El Matemático es parte de Santa Fe. Su desenvolvimiento es suficiente. La historia de su familia se funde con la de la ciudad y, ello, queda de manifiesto en el diálogo que sostiene en una de las detenciones de aquella caminata. Ángel Leto, por el contrario, no lo es, pero, en cambio, su figura bien podría confundirse con la de los muchos que se cruzan en su camino; completamente opuesta a la estampa imponente de su interlocutor. Es la ciudad de el Matemático, pero son los propios obstáculos de esa capital de provincia los que invierten los roles. La misma ciudad cobra entonces un nuevo protagonismo. Se trata del mismo flujo de vehículos, de similares cruces de calles, de

idénticas aceras irregulares. Es el mismo ritmo el que acelera o aminora la velocidad en el pasear de los personajes. Santa Fe puede ser, entonces, cualquier otra ciudad. Aquel espacio que, singularizado por Saer, se hace universal. Bien da cuenta de ello un hecho baladí, aquel pantalón blanco del Matemático. Es este último elemento el que cobra un simbolismo que desnuda, mejor que nadie, la gran diferencia que lo separa de Ángel Leto. Los obstáculos que impone la urbe (¿es Santa Fe una urbe? ¿da lo mismo la ciudad?), permiten, ahora, invertir los roles:

Leto hace un gesto nervioso, superfluo, consistente en sacarse los lentes y volvérselos a poner en el acto y, un poco de costado, después de estimar de un vistazo sus posibilidades de éxito, empieza a pasar, despacio, entre los dos paragolpes, seguido, a medio metro de distancia más o menos -y siempre más o menos, ¿no?-, por el Matemático al que la corpulencia proporcionada y musculosa, tan necesaria para llevar, esquivando a sus adversarios, la pelota ovalada de una punta de la cancha a la otra no le es, en la circunstancia actual, de ninguna utilidad; más bien al contrario: el corte ancho, flotante, de los pantalones blancos, en oposición deliberada a la estrechez arbitraria de la moda presente, también contribuye a volver más dificultoso su desplazamiento, a diferencia de Leto, a quien la flacura relativa y la ausencia de fijación fetichista con su pantalón de mala calidad le facilitan, como se dice, la tarea" (Saer, 1986/2015, p. 168).

No es un parque el que se cruza, no son los tótems de las ciudades, ni siquiera es un puente. El espacio entre dos vehículos estacionados, el pequeño sendero por el cual el Matemático, debido a su corpulencia, debe pasar de costado de modo de no manchar sus pantalones blancos, se dibuja como el obstáculo a sortear. Es ese el "evento" que complica el desplazamiento de los dos personajes y, en ello, está una de las claves que mejor habla de la diferencia entre ambos personajes. La caminata de ambos amigos (¿lo son realmente?) los dimensiona socialmente.

Esto no quiere decir más de lo que dice: son los anclajes materiales de la ficción. En el caso de Saer, los personajes (y también la ciudad de Santa Fe y sus alrededores) son invariantes narrativas: fuertes soportes de las variaciones de argumento, de tono, de materiales, incluso de escritura (Sarlo, 2016, p. 85).

En tres capítulos, cada uno de siete cuadras, ha pasado la Santa Fe de Juan José Saer. Beatriz Sarlo (2016) traza un plano donde destaca los lugares del autor, son algunos de los que aparecen en *Glosa*, así como en otros relatos y novelas del escritor argentino. La ciudad es testigo de una conversación irrepetible, ya sea por la sustancia misma de ésta -un suceso que sólo conocen de oídas ambos personajes- como por el propio devenir de ellos. No es el flâneur que Benjamin descubre en Baudelaire, como tampoco Santa Fe es la capital de Francia, pero, en ambos casos, se trata de una ciudad, de una literatura y de un pasear que tiene el ritmo acelerado de la modernidad.

El paseo ha finalizado, las veintiuna cuadras de esas calles de Santa Fe quedan atrás. En esta reflexión hemos revisado *Glosa* de Saer y cómo se puede entender, a partir de una serie de claves que nos entregan clásicos del análisis de la urbanidad moderna como lo son Walter Benjamin, su flâneur. Así nos habla sobre una ciudad real y, por lo tanto, esencial en estos días en que la caminabilidad volvió a estar de moda.

Pero ellos los ignoran, menos por insensatez que por la concentración excesiva que les exige la marcha; y sobre todo porque, lo piensen con palabras o no, la calle recta que van dejando atrás, está hecha de ellos mismos, de sus vidas, es inconcebible sin ellos, sin sus vidas, y a medida que ellos se desplazan va formándose con ese desplazamiento, es el borde empírico del acaecer, ubicuo y móvil, que llevan consigo a donde quiera que vayan, la forma que asume el mundo cuando accede a la finitud, calle, mañana, color, materia y movimiento (Saer, 1986/2015, p. 155).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, W. (2012). *El París de Baudelaire*. Argentina: Eterna Cadencia.
- Delgado, M. (1996). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Gros, F. (2014). *Andar. Una filosofía*. Madrid: Taurus.
- Lo, R. (2009). Walkability: what is it?. *Journal of Urbanism*, 2(2), 145-166.
- Pierce, J. y Lawhon, M. (2015). Walking as method: Toward methodological forthrightness and comparability in urban geographical research. *The Professional Geographer*, 67(4), 655-662.
- Saer, J. J. (2017). *Cuentos completos (1957-2000)*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Saer, J. J. (2015). *Glosa*. Barcelona: Rayo Verde. (Trabajo original publicado en 1986).
- Sarlo, B. (2016). *Zona Saer*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales